

# Salidito del clóset

Laura E. Asturias

*La Opinión* (Guatemala), Año I, No. 158, 28-IX-2006

En el cable hay un canal llamado American Network que me molesta por varias razones. Una son los anuncios incompletos y cortes repentinos en la cobertura, como si el público televidente no quisiera o no le importa enterarse del resto (reflejo, quizás, de un país donde la vida rápida no da tiempo para saber toda la historia). Otra son las excesivas imágenes de árabes armados (sin duda para insistir subliminalmente en la necesidad de la “guerra contra el terror”) y las de Bush con sus clásicos desatinos, como aparecer con un pelotón de soldados a sus espaldas y decir, frente al micrófono: “En Washington hay quienes piensan que el sacrificio es demasiado alto”, refiriéndose con tal cinismo a soldados gringos muertos en Medio Oriente.

Pero ese canal transmite el programa de Oprah Winfrey, a quien admiro excepto por sus omisiones, pues si bien la estación la presenta como “la mujer más influyente” en Estados Unidos, sigo esperando que “influya” en su gobierno para que éste deje de patear al planeta.

Poniendo eso a un lado, lo cierto es que Oprah suele abordar sin rodeos temas que nadie quiere tocar ni con guantes de látex y, afortunadamente, sin el sensacionalismo de programas como los de Laura (imolesto homónimo!), Marta Susana y otros.

El 19 de septiembre, Oprah entrevistó a Jim McGreevey,\* quien fue gobernador del estado de Nueva Jersey y hace dos años se vio obligado a renunciar al cargo y admitir (pues ya no podía ocultarlo) que es homosexual.

Ambicioso político con aspiración de llegar a la Casa Blanca, ya desde los seis años se percibía “diferente” y temía que su verdadera naturaleza amenazaría ese sueño. Dijo en el programa que si la gente se enteraba de que era gay, nunca podría ser alcalde ni electo como gobernador.

Hijo de un sargento del Cuerpo de Marineros, McGreevey creció en una familia irlandesa católica de clase trabajadora y no conocía a otros muchachos homosexuales, por lo que buscó respuestas donde pudiera. Los libros que leía sobre la homosexualidad contenían palabras como ‘perversión’, ‘abominación’, ‘trastorno psiquiátrico’. Y la iglesia católica remataba hablando de pecado mortal y condena. Él no quería nada de eso. La tensión llegó a ser tal que incluso pensó en suicidarse.

Así, no es extraño que incurriera en las conductas típicas de quienes, de llegar a revelar la verdad más importante sobre sí mismos en una sociedad homofóbica (y sobre todo al nivel en que McGreevey se desenvolvía), se enfrentarían a escarnio, aislamiento y discriminación. Fingir ser heterosexual es la única opción cuando se crece en tal situación y se temen esas consecuencias.

Conforme batallaba con su homosexualidad, McGreevey se creó una vida familiar para poder ocultar sus sentimientos y centrarse en sus sueños políticos: contrajo matrimonio, no una sino dos veces, y tuvo una hija en cada relación. “Lo haces”, dijo, “porque crees que ser gay es malo,

inmoral, un pecado... es algo que debe ser contenido, negado, superado y manejado”. Y lo hizo también porque anhelaba “el sueño”: navidades en familia, niños corriendo, aniversarios de boda de los abuelos...

Como era de esperar, un día se enamoró de un hombre, alguien de Israel a quien conoció durante un viaje a ese país. La atracción que sintió, escribe McGreevy en su autobiografía «The Confession», “fue inmediata e intensa. Cuando conocí a Golan, la tierra se me movió”. Y aunque ya vivía con su segunda esposa, decidió llevar a Golan Cipel a Estados Unidos y conseguirle trabajo en su campaña para gobernador.

La noche en que su esposa Dina daba a luz a su hija por cesárea en el hospital, McGreevy aceptó que Cipel llegara a su casa, donde “lo tomé de la mano y lo llevé a mi cama. Nos desvestimos y me besó. Fue la primera vez en mi vida que un beso significó lo que se supone debe significar”.

Hace dos años, acompañado de Dina (de quien se está divorciando), públicamente reconoció ser gay y haberse involucrado “en una aventura adulta y consensual con otro hombre” y renunció a la Gobernación.

El ex gobernador admite que de no haber sido por el supuesto plan de chantaje del israelí (que éste niega) de revelar su vida secreta, quizás nunca habría tenido la valentía de salirse del clóset. Tuvo que hacerlo y así se desmoronó el sueño de llegar a la Casa Blanca.

Pero dejar de mentirse a sí mismo y a la sociedad le abrió el camino a su nueva vida y a los valores con que ha decidido vivirla. Tras reconocer que “parte del infierno de estar en el clóset es que niegas tu propia existencia”, sus metas se han alejado de la política y se centran en su interior, en la autenticidad.

De su autobiografía dice que, además de ser una oportunidad para pedir perdón por los daños que ocasionó, es “para pedirles a las personas que tengan el coraje de ser lo que son”.

Cuando era gobernador, McGreevy contravino sus propias creencias votando contra el matrimonio entre personas del mismo sexo. Lo hizo, dice, pues no quería que se pensara que era homosexual y temía que sus críticos le pondrían esa etiqueta si aprobaba la polémica enmienda. Hoy, sin tales temores, se manifiesta a favor. “Si quieres que el mundo juegue con reglas buenas y sanas como el compromiso o el respeto, no puedes tener reglas distintas para diferentes grupos de personas”.

Ahora no será la Casa Blanca su objetivo, sino muchos hogares que también en Estados Unidos pasan penas. McGreevy quiere trabajar con niños y niñas porque “catorce millones se irán a dormir esta noche sin saber de dónde vendrá su siguiente comida”.

Si eso es consecuencia de la autenticidad, ojalá más políticos se salieran del clóset... y aquéllos que no necesitan hacerlo fueran leales a lo que supuestamente les llevó al poder.

\* <http://www.oprah.com/oprahshow/A-Governors-Confession>